

## *Una reflexión sobre las identidades culturales ¿Sobra la cultura después del once de septiembre?*

David CIENFUEGOS SALGADO

Si bien el inexorable flujo de la cronología nos aleja de los sucesos y consecuencias del once de septiembre de 2001 (11-S), no menos cierto resulta que el signo de los tiempos invita a una reflexión equilibrada y prospectiva sobre alguno de los aspectos y elementos que aparecen implicados en tales hechos. En esta colaboración hemos querido poner el énfasis en el aspecto identitario, estrechamente vinculado al tema de la(s) cultura(s), y por tanto de la identidad para recalar en las consecuencias que se vislumbran en el escenario socioglobal después de los acontecimientos del 11-S. No es gratuita la elección del tema, puesto que desde hace unos cuantos años el resurgimiento de un pensamiento nacionalista ha acompañado y, en muchas formas, ha marcado el avance de los procesos de globalización. Así, frente al ideal de una cultura global encontramos los planteamientos regionales que reivindican los elementos culturales propios y tradicionales, mismos que, con una frecuencia inusitada, no son reconocidos en el paradigma de la cultura denominada occidental. De ahí que las siguientes páginas hagan eco de tales reivindicaciones a través de una defensa a ultranza de los fenómenos culturales como elementos insoslayables de la naturaleza humana, del ideal de humanidad, y por tanto como elemento imprescindible en la consideración de un mundo globalizado. Raimon Panikkar ha señalado que la cultura no puede desligarse de la naturaleza humana, dado que la naturaleza del hombre es cultural, y no sirve por tanto como criterio supracultural para los encuentros entre culturas [“La interpelación intercultural”, en *El discurso intercultural*, 2002], encuentros que cada vez son más frecuentes y necesarios.

1. En 1999, la revista *Lettre Internationale*, convocó a un Concurso Internacional de Ensayo con la temática: *¿Liberar el pasado del futuro? ¿Liberar el futuro del pasado?* Miles de escritores se volcaron a reflexionar sobre tales cuestiones; sólo cuarenta pasaron a la segunda fase del concurso; diez fueron los publicados en una compilación que tenía por título el del ensayo ganador: *Diccionario de los vientos* [2001]. En esos trabajos, la mayoría de corte filosófico, queda suscrita la preocupación latente en las sociedades modernas; como advierte Édouard Glissant, se trata de

## **Estado, Derecho y Democracia en el momento actual**

un lugar común «que el pensamiento sistemático rechaza con todas sus fuerzas, fenómeno del mestizaje de las sensibilidades, de las referencias, de las culturas». El lugar común es la necesidad de revisar el pasado, la ansiedad de especular sobre el futuro, o la pasión de reflexionar el presente. Tres tiempos que encierran el tiempo, tres tiempos para una historia única. Dentro de esta perspectiva puede incluirse de manera válida la intención de reflexionar sobre las causas y repercusiones de los acontecimientos del 11-S, tanto en el ámbito local como internacional. Se trata de hacer eco de aquel slogan: “piensa globalmente, actúa localmente”, mediante la invitación abierta al análisis de aquellos sucesos importantes que podemos ver, a sabiendas de que transforman el mundo, el de unos y el de los otros, e incluso el nuestro. Pero, ¿cómo narrar aquello a lo cual estamos asistiendo? El tiempo elegido no puede ser otro más que el del presente, el del presente progresivo: ese mismo que sucede y sigue sucediendo, y parece no terminar. Sólo en tal conjugación podremos abonar las reflexiones sobre lo que representa en el aquí y ahora nuestros esta sucesión de hechos; en el aquí de nuestro tiempo y en el ahora de nuestro espacio. Ni filosofía ni relato, solamente unos cuantos puntos tejidos, sin diseño previo, a la vista del agua del río temporal; pensando en el valor que se atribuirá a la cultura, en tanto factor de identidad, tras el 11-S. Esta intención se vincula de manera principal a la idea del multiculturalismo como límite al modelo político-económico dominante, en la perspectiva manejada por Calsamiglia en *Cuestiones de lealtad*[2000].

2. ¿Qué ocurre el 11-S? A ciencia cierta pocos lo saben. Especulaciones aquí y allá van y vienen, y seguramente mucho más allá del ahora fueron y vinieron, serán y vendrán. Desde la hipótesis del atentado exterior, hasta la teoría del complot interno. Sin embargo todos los casos comparten una característica: son insuficientes para explicar el 11-S; y a pesar de que no puede explicarse el acontecimiento, las consecuencias están a la vista de todos. Por cuanto hace a las políticas nacionales y comunitarias tenemos el consenso de los países industrializados para endurecer sus políticas y marcos normativos en materia de migración; para renovar alianzas estratégicas y reelaborar sus instituciones de defensa; la condena generalizada del terrorismo, en el que se incluyen ya formas de pensamiento disidente por el hecho mismo de serlo. La globalización de tales tendencia ha permitido que entre los ciudadanos aparezca la vuelta de los temores que se creían superados con la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética, reflejados ahora en los miedos xenofóbicos que se traducen en el auge de los movimientos de extrema derecha como reacción y contraparte de la tolerancia que, hasta hace poco, se pensaba debiera impregnar el marco de las relaciones interculturales en las sociedades modernas. Cualquiera de las tomas de posiciones enunciadas implica, por encima de todo, la asunción de nacionalismos contradictorios y contradictorios a la idea de globalización que antes del 11-S predominaba. Pero además, debe reconocerse que todo está trastocado: la guerra no es como antes; las garantías judiciales no son como antes;

### **David Cienfuegos Salgado**

la nación más poderosa del mundo no es como antes. En el colmo, si hiciéramos caso de otro slogan, éste no sólo comercial sino también político, habría de coincidir que se ha justificado la afirmación de que el futuro no es lo que era. Parece que el mundo está en guerra contra un enemigo invisible; un enemigo que justo es decirlo no existe. Sin embargo la afirmación peca por exceso, el mundo no es el mundo. La imagen vendida habla del mundo, pero el mundo se define como Occidente, y Occidente hoy se limita a los polos de poder económico y militar. En esa definición geográfico-conceptual no aparecen contemplados a cabalidad Asia, África o América (al menos Latinoamérica). Ni todo el mundo es el mundo, ni todo Occidente es Occidente. El mundo occidental paradójicamente ya no sirve de referencia más que en la edificación y deificación de un sistema de valores, eso sí, alejado de la otrora construcción cultural de Occidente. A pesar de esta digresión didáctica, el mundo si está en guerra, y el 11-S sólo ha hecho más patente su existencia; una existencia paradigmática por cuanto la guerra es distinta de las conocidas: está en casa, y no hay enemigos posible, tan sólo aspiraciones colectivas e individuales que representan las trincheras de los nuevos ejércitos en disputa. Es, por encima de todo, metáfora, alegoría, símbolo, representación del estado de cosas. Nada nuevo pues, salvo el inminente cambio de paradigmas en el ámbito cultural, una revolución que, vaticinada ya, empieza a reconocerse, tal y como lo señala Jacques Barzun en *Del amanecer a la decadencia* [*From dawn to decadence. 500 years of western cultural life. 1500 to the present*, 2001].

3. La guerra es metáfora en tanto se acepta la idea de que nace en la mente de los hombres. Y lo que nace en la mente de los hombres es, también por encima de todo, cultura. De ahí que en tanto guerra los enemigos son calificados como tales si no comparten valores... si no comparten cultura. Como advertimos al principio, la reflexión que proponemos está ligada a la idea del multiculturalismo que pervive en las sociedades actuales y que es, si no puesta en tela de juicio, objeto de estudio por académicos de todo el mundo, con una u otra tendencia. *La sociedad multiétnica* [*Pluralismo, multiculturalismo e estraneí*, 2001] de Sartori, se publicitaba con una frase contundente y, desde la perspectiva arriba mencionada, correcta: ¿Debe la sociedad pluralista ser tolerante con sus «enemigos culturales»? Esta aproximación obliga a pensar en las sociedades desde la perspectiva individual, en tanto existen distintas etnias, y de ahí que la perspectiva individual se corresponda con la categoría de ciudadanos. Antes de Sartori, otras aproximaciones más liberales giraban en torno a tal categoría. Kymlicka escribe su *Ciudadanía multicultural* [*Multicultural citizenship*, 1995] cuestionándose sobre la posibilidad de un modelo democrático en el cual tengan cabida todas las identidades culturales; mientras que en *Los límites del patriotismo* [*For love of country*, 1996] otros autores discuten por igual identidades, pertenencias y «ciudadanías mundiales». La pasión se suscita cuando se plantea, parafraseando el título de un reciente libro, la disyuntiva en *El vínculo social: ciudadanía o cosmopolitismo* [2002]. Es en este marco, donde

## Estado, Derecho y Democracia en el momento actual

cabe preguntarse si después del 11-S podrá pensarse la cultura en la misma forma. La reflexión deviene necesaria si revisamos los escenarios en los que se debatían las cuestiones del multiculturalismo, pluralismo e interculturalismo; escenarios que pueden ser casos ficticios o concretos como los manejados por Walzer en su obra sobre la tolerancia. Y se convierte en artículo de previo análisis si advertimos el resurgimiento precipitado de las identidades nacionales como mecanismos de defensa comunitaria o grupal ante el Estado mismo. De entrada deberíamos especificar a qué cultura estamos haciendo referencia, sin embargo, intentarlo nos llevaría al debate que desde el siglo antepasado ha movido los resortes de la antropología e historia cultural, sin lograr que se arribe a una definición consensuada del concepto; lo cual recuerda un poco la reflexión de Jin-ming Wang: «Tan decisivo es para el hombre de todas las épocas intentar explicar nuestro mundo que la vida perdería todo sentido y de hecho acabaría si se propusiera una explicación perfecta que volviera superflua toda especulación ulterior». Esto, nos lleva a plantear, en primer lugar, la inutilidad de avanzar una definición específica del concepto *cultura*; y en segundo, nos permite jugar con el contenido del concepto mismo. Así, a los efectos de esta breve reflexión podemos recordar la conocida definición de Tylor, para quien cultura es el conjunto complejo de conocimientos, creencias, artes, moral, leyes, costumbres y usos sociales que el ser humano adquiere como miembro de una sociedad determinada. Por su parte Marvin Harris señala que la cultura es el modo socialmente aprendido de vida que se encuentra en las sociedades humanas y que abarca todos los aspectos de la vida social, incluidos el pensamiento y el comportamiento [Teorías sobre la cultura en la era posmoderna: *Theories of culture in postmodern times*, 2000]. Y sobre esto queremos tratar: los derechos culturales después del 11-S.

4. El siglo XV marca la definición de la nueva etapa de la humanidad, aunque aclarémoslo, en Occidente, en Europa. Los siglos subsecuentes asistirán a la extensión de los valores culturales europeos, herederos de las visiones grecorromanas y cristianas, a todos los espacios subyugados económica o militarmente. La difusión del pensamiento religioso será el paradigma de intromisión cultural, aunque en ocasiones con algunas ventajas comparativas, que irán diluyéndose en el trascurso de los siglos siguientes, hasta desaparecer por completo con la plena asunción del fenómeno religioso en los países conquistados. En el ínterin, las relaciones culturales fueron de dominación total, sin posibilidad de coexistencia, derivado esto principalmente del modelo monoteísta, por lo cual las culturas dominadas adaptaron sus cosmovisiones a los valores de quienes arribaban con discursos filosóficos más eficaces y contundentes: la espada y la cruz. El afianzamiento del primero fue ineludible, mas el segundo no tuvo la misma posibilidad, en tanto dependía de un continuo escrutinio de la forma en que se cumplían los mandatos por los fieles. Este proceso se recrudecía por las pugnas internas, mismas que encontraban amplio reflejo en las comunidades de neocreyentes. Este fenómeno puede rescatarse débilmente en *Pureza moral y persecución en la*

### **David Cienfuegos Salgado**

*historia* de Barrington Moore [*Moral purity and persecution in history*, 2000], que muestra como la atribución de calidades y cualidades entre los miembros de una misma comunidad originan intolerancia, y expresa que la asunción de un paradigma monoteísta ha degenerado históricamente en causa principal de perversidad y sufrimiento humanos; Moore había adelantado que los movimientos basados en tales premisas llevaban «camino de dejar herido el siglo XXI». Acertó. No es quizá el tema religioso el que debiera mover esta reflexión, sin embargo, con Tylor y Harris habíamos centrado el contenido de la cultura en creencias y moral, entre otros elementos; y resulta paradójico que los planteamientos posteriores al 11-S partan de una distinción de carácter moral y religioso: el bien y el mal. Una distinción que tiene un trasfondo cultural inmenso, y en la cual aparecen negadas posiciones intermedias, tal y como en forma expresa se alude en los discursos políticos recientes. La otra pregunta que debe responderse es cómo deben asumirse los valores de la humanidad actual a partir del predominio de la cultura occidental, ante el auge cada vez mayor de las culturas minoritarias; una cuestión marcada por el hecho de que se trata de una cultura que Barzun explícitamente ubica en el ámbito de la decadencia, es decir en un proceso de debilitamiento y desintegración. Entonces, ¿cómo se explica el predominio de la cultura occidental?

5. ¿La cultura occidental es tolerante? La cuestión no es formulada gratuitamente. De acuerdo con las ideas corrientes y en curso, la civilización occidental es una cultura tolerante. Sin embargo, ¿qué tan tolerante resulta su modelo hoy en proceso de universalización? ¿Tiene definidos límites tal tolerancia? Y quizá como colofón inevitable: ¿qué es la tolerancia en el modelo occidental de convivencia? Cuando Moore alude al objetivo de su trabajo, bien podíamos pensar que se está cuestionando modelos de convivencia, que podemos enfocar a partir de lo que actualmente sucede: «cuándo y por qué unos seres humanos asesinan y torturan a otros seres humanos, a los que se presenta como una amenazadora fuente de <contaminación> porque muestran ideas religiosas, políticas y económicas diferentes». Este autor, de manera certera, y quizá inconsciente, retrata algunas de las características que han permeado el pensamiento occidental (aunque, es justo advertir que se trata de una característica humana, reflejada finalmente en la cultura) y lo muestra proclive a la intolerancia y a la agresión, una apreciación que históricamente encuentra reflejo en el expansionismo colonial de siglos anteriores y las lamentables confrontaciones bélicas de origen étnico-religioso del siglo pasado. Estar en la cumbre supone estar cerca del abismo habían afirmado y tenían razón. Panikkar, en su trabajo citado al principio de esta reflexión, ha señalado que cada cultura cree en sus mitos, y, cuando se olvida la relatividad de las convicciones que son mantenidas (y entendidas) dentro del mito, se cae en la trampa de convertir en absolutos las ideas y los valores de dicha cultura; este es uno de los peligros que enfrentan las culturas que se hallan encerradas en sí mismas o convencidas de su superioridad. Así, la omnipotente y omni-

## Estado, Derecho y Democracia en el momento actual

piente cultura occidental deviene intolerante en tanto se basa en la idea de exclusión de las diferencias, especialmente las culturales, o, en el mejor de los casos, la asunción e integración de tales expresiones actuando como catalizador, lo que le beneficia en todo caso, pues sin trastocar sus principios y valores, incorpora percepciones diversas de la realidad. Pero esta asunción no implica aceptación total, dado que la integración está supeditada a la repetición del conjunto de valores y principios preconizados. Las diferencias que no aceptan tal planteamiento no son toleradas, y son rechazadas en el seno de la sociedad (o al menos entre el grupo dominante). Por eso, cuando la sociedad occidental se reconoce tolerante hay que actuar con cautela. La frase vuelta célebre por la obra de Sartori marca tal actitud, al reconocer una diferencia de tratamiento: ¿Hay que ser tolerantes con los intolerantes?, puesto que en el fondo la pregunta se formula en términos distintos: ¿Hay que ser tolerantes con los diferentes? El 11-S pone esta cuestión en la palestra, sobre todo porque de repente, con los ánimos exacerbados y una evidente desinformación, lo diferente deviene amenazador del *status quo*, lo mismo desde la perspectiva del multimillonario empresario que de la del más miserable desempleado. La diferencia se transforma en una referencia de desconfianza o amenaza; algo a lo que hay que temer, e incluso eliminar. Ello provoca que en términos generales los miembros del grupo social busquen cohesionarse a través de la manifestación de una misma identidad, de los mismos valores y principios, de la misma cultura, y vean a los demás, a los diferentes, con «malos ojos» y los rechacen. Esta actitud, que actúa como mecanismo de control social, obliga a la disolución de vínculos culturales en tanto se presentan como obstáculos para la aceptación al interior de los grupos sociales dominantes. Tal es la reflexión: la cultura en tanto factor de identidad sale sobrando. Pero, y es importante tal matiz, sale sobrando la cultura de los grupos minoritarios, la que se constituye como característica diferenciadora respecto de la cultura de los grupos dominantes o mayoritarios, según sea el caso. Y sale sobrando porque el reconocimiento de la diferencia, a pesar de ser un derecho históricamente reconocido, tras el 11-S ha perdido vigencia desde la lógica de las élites económicas y militares. La diferencia es sospechosa. No en vano las oficinas de seguridad a nivel mundial buscan desarrollar *software* que permita reconocer cualquier acento relacionado con ciertos idiomas o elaborar bases de datos mundiales donde se puedan ubicar tales diferencias o los polígrafos portátiles para aplicar a los sospechosos. Ese es el riesgo de ser diferente, de poseer una cultura distinta. Es el riesgo de ser humano. Un riesgo que conlleva la preocupación que expresan Naïr y Goytisoló en *El peaje de la vida* [2000]: «no va a ser fácil soldar las vidas rotas, los destinos trucados, los desarraigos sufridos y las identidades anuladas... curiosa, sorprendente barbarie en una época que no cesa de presumir de democracia y de derechos humanos».

6. La civilización actual, la dominante, cree necesitar treinta millones de soldados para <garantizar> la paz y gastar casi la mitad de los recursos económicos del planeta para la llamada <de-

### **David Cienfuegos Salgado**

fensa>. Panikkar concibe que una civilización con tales características no merece ni mucha credibilidad ni mucha confianza. Además, recordando a Levi-Strauss en su clásico *Race et histoire* (1952), debemos coincidir en que no hay, ni puede haber, una civilización en el sentido absoluto que a menudo se da a este término, ya que la civilización implica la coexistencia de culturas que se ofrecen entre ellas el máximo de diversidad y que consiste en esta misma consistencia. El mismo autor afirmaba pues que todo progreso cultural se debe a una coalición entre culturas y que esta coalición consiste en la confluencia de las oportunidades que cada cultura encuentra en su desarrollo histórico. Y siendo la cultura un elemento de la naturaleza humana se entiende que para progresar es preciso que los hombres colaboren. Sin embargo, tampoco se niega que de cuando en cuando cada cultura se afirma como la única verdadera y digna de ser vivida, ignorando las otras e incluso negándolas como culturas. Levi-Strauss señalaría sobre el particular en *Race et culture* (1983): «la situación se torna completamente diferente cuando la noción de una diversidad reconocida de una y otra parte se sustituye en una de ellas por el sentimiento de superioridad fundado en comparaciones de fuerza y cuando el reconocimiento positivo o negativo de la diversidad de culturas da lugar a la afirmación de su desigualdad». Para este autor: después de algunos años, Occidente se abre a la evidencia de que sus inmensas conquistas en ciertos dominios arrastraron pesadas contrapartidas; a tal punto que llega a preguntarse si los valores a los cuales ha debido renunciar para asegurar el goce de otros no hubieran merecido ser más respetados.

7. Las líneas que anteceden han pretendido poner en relieve la importancia de la cultura, de las culturas, después del 11-S, y sirven para bosquejar un final con dos inicios para una sola historia. «Cuando el edificio financiero más importante de Estados Unidos se desplomaba, también lo hacían las esperanzas de un mundo mejor». Quizá así cuenten dentro de algún tiempo la historia. Porque lo que acaece en Estados Unidos, pese a quien le pese, repercute en todo el mundo y sobre todo, y eso es lo paradójico, en todas las culturas, en todas las historias. Las víctimas, los agraviados de lo que sucedió el 11-S serán olvidados, por desgracia y casi ley natural, y para escarnio de la memoria humana quizá se conviertan en un número más en las columnas inanimadas de las cuentas del Estado; nadie puede negarlo: una afrenta dolorosa para una humanidad que parecía desbordante de optimismo. El afán revanchista desarrollado en los medios de comunicación y en la política pública estadounidense posterior al 11-S fue preludio de nuevos choques sangrientos (Afganistán e Irak), que dejan honda huella en el ánimo de pobladores y culturas involucradas. Pero, también gracias a esa incertidumbre sobre el inicio de la nueva historia, podemos soñar con un mundo que predique su historia iniciándola con otra frase: «Cuando el edificio financiero más importante de Estados Unidos se desplomó, se estaba construyendo la esperanza de un mundo mejor». Un mundo, que a contrapelo de la visión satírica de Aldous Huxley, si tenga espacio para las identidades particulares, para las culturas diferentes, para los mundos propios; y donde el *Big*

## **Estado, Derecho y Democracia en el momento actual**

*Brother* de Orwell no sea sino un programa de televisión (y, ojalá, ni siquiera eso), situado en la «cúspide» de la nueva cultura occidental. Un mundo en el que para construir la historia se escuche a todos los testigos, a todos los participantes, a todas las culturas.

8. En la Declaración Universal de la UNESCO sobre Diversidad Cultural, firmada en París en noviembre de 2001, el artículo 2º señala: “En nuestras sociedades cada vez más diversificadas, resulta indispensable garantizar una interacción armoniosa y una voluntad de convivir de personas y grupos con identidades culturales a un tiempo plurales, variadas y dinámicas. Las políticas que favorecen la inclusión y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz. Definido de esta manera, el pluralismo cultural constituye la respuesta política al hecho de la diversidad cultural. Inseparable de un contexto democrático, el pluralismo cultural es propicio a los intercambios culturales y al desarrollo de las capacidades creadoras que alimentan la vida pública”. A tenor de lo mencionado, en el Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo *Nuestra diversidad creativa*, la UNESCO llega a la conclusión de que “el objetivo no puede ser simplemente construir una sociedad multicultural, sino un estado constituido multiculturalmente: un estado que reconozca la pluralidad sin menoscabo de su integridad”. Esta idea, ha permeado las discusiones de los científicos sociales en las últimas décadas, enfrentados a los numerosos conflictos que recurrentemente han marcado la escena política mundial. Se trata de contenciosos añejos que han encontrado el ambiente propicio para su resurgimiento, y que son de naturaleza cultural o étnica. A pesar de tales circunstancias, los problemas que plantea la multiculturalidad han sido objeto de análisis en diversos estudios sociales, sin que en el ámbito jurídico podamos encontrar un desarrollo significativo.

9. Una brevísima referencia al caso mexicano: en nuestro país, el debate sobre el reconocimiento de los derechos de los grupos indígenas conlleva el que se refiere a los grupos culturales. En 2001 la reforma constitucional pretendió incorporar una serie de acuerdos sobre derechos de los pueblos y comunidades indígenas, sin embargo, a contrapelo con tal idea, la versión final hizo caso omiso de tales acuerdos. La redacción actual del artículo segundo no fue puesta a consulta, mucho menos consensada, con las comunidades y pueblos “afectados”. De hecho, la antropología jurídica, específicamente la dedicada al análisis de los pueblos indígenas, ha puesto poca atención en el fenómeno, dedicándose escasamente a tratar de explicar los sistemas normativos indígenas y los avatares que se presentan en los regímenes nacionales e internacional respecto del reconocimiento de tales sistemas. Los escasos trabajos que han pretendido un análisis sociojurídico han tenido poca difusión, lo que se explica también por una posición gubernamental en relación a tales manifestaciones que, en ocasiones, quedan fuera de la esfera jurídica y, por tanto, del reconocimiento y aceptación estatales. El estado multicultural debe ir más allá, comenzando por tomar en cuenta los principios rectores del *Código Internacional de Conducta relativo a la Cultu-*



***David Cienfuegos Salgado***

*ra*, específicamente en lo que se refiere a promover la coexistencia cultural y a preservar la diversidad cultural. A raíz de esto, el reto que se contempla en México es precisamente el de aceptarnos como un estado multicultural, en el cual tengan cabida todos los grupos culturales y en el cual, desde la perspectiva jurídica, también haya lugar para que las prácticas jurídicas, todas ellas, incluidas las más diferentes a la concepción tradicional, sean de carácter consensuado. Ese es el reto después de todo.